

FAMILIA Y EDUCACIÓN EN CUATRO MIEMBROS DE LA GENERACIÓN DE 1927

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO
Universidad de Córdoba

El territorio de la infancia y la mocedad es, sin duda, el que proporciona datos más sólidos y nutridos para el análisis de la familia y la educación a nivel singular y generacional. La porosidad de la inteligencia y el espíritu en los primeros quince o veinte años determinará que las experiencias y *mores* familiares guarden un permanente valor de referencia, así como los modelos educativos interiorizados, por asunción o rechazo, en la misma edad de la existencia humana. De ahí, por tanto, que sean dichos años los que imanten con mayor fuerza el afán de reconstructor de la vida colectiva y también, en el caso del biógrafo, del investigador de un destino excepcional o notable entre sus coetáneos. En España, precisamente este planteamiento metodológico adquirió importancia sustantiva en las ciencias del hombre con las meditaciones orteguianas en torno al concepto de generación divulgado en Francia por Dilthey y su escuela. Los intelectuales objeto de nuestro análisis aceptaron sin mayores reservas la validez de este instrumento, bien que su adscripción a las generaciones de 1914 o 1927 en las que cabe incluirse, especialmente en la segunda, no suscitaba en ninguno de ellos particular preocupación ni atención¹.

¹ «Pese al bataneo repudiador que con frecuencia se hace del método aclimatado entre nosotros por Ortega, es claro, sin embargo, que sus argumentos y, sobre todo, la elaborada teoría de su más filial

Al elenco de los autores aquí estudiados cabría articulársele en dos binomios, andaluz: Rafael Cansinos Assens (1883-1964) y Melchor Fernández Almagro (1893-1966) y otro madrileño: Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) y Corpus Barga, seudónimo de Andrés García de la Barga (1888-1975), aunque uno de los integrantes del último tuviera también estrechos lazos con el territorio andaluz y, a *sensu contrario*, los meridionales se aclimataron pronto en la capital del país, a la que profesaron un rendido culto sentimental, sin renunciar por ellos a sus raíces.

Esta ligera diversidad regional no se ve acompañada en el terreno social, ya que, en cuanto a su extracción, la nota burguesa será un elemento unificador de todos ellos, salvo, parcialmente, en el caso de uno de los dos o tres mejores traductores de la España del siglo XX: Cansinos Assens. Burguesía capitalina con fuertes vínculos agrarios, más muy abierta al mundo de la cultura y sensible a todas sus manifestaciones. Sus hogares formaron parte del muy atractivo a la vez que exiguo núcleo de las élites intelectuales alumbradas por la Restauración, que dieron tono al indudable esplendor de la llamada edad de plata, bien que no lograran, sin embargo, imponer su estilo de vida al conjunto de la clase en que se integraban y cuyos vicios y defectos provocaron la repulsa de los grandes escritores de la época, como Galdós, Clarín y Palacios Valdés. Cansinos se convierte igualmente en este extremo en una excepción, siquiera leve. Pues, en efecto, huérfano de padre desde muy niño, encontró tanto en su madre -de ardiente religiosidad- como en su tío y tutor -republicano y masón (durmiendo)- aliento efectivo para desarrollar una precoz y desbordada vocación por las letras y la escritura. Los reducidos medios económicos de su familia, perteneciente a las clases medias urbanas, no

discípulo, Julián Marías, no pueden fácilmente vapulearse con simples referencias a su elitismo. Usado con moderación y sin pretender pasar toda la realidad histórico-social a través de su cedazo, el planteamiento general puede rendir valiosos servicios. Vid del último autor citado *El método histórico de las generaciones. Obras completas*. Madrid, 1970, VI, en especial 125 y ss. Depurado de su ganga encomiástica tal vez pueda suscribirse el juicio de R. Pérez Delgado: «Y véase ahora cuántas dificultades presenta la recta utilización del concepto generación histórica, concepto en principio eminentemente sociológico, no precisado todavía, aunque ya suficientemente elaborado y por fortuna pensado y expuesto en lengua española, e interpretado de modo ejemplar por Julián Marías en su excelente libro *El método histórico de las generaciones*, y utilizado fundamentalmente por Ortega en toda su obra». «Generaciones fallidas», en *Homenaje a Ramón Carande*. Madrid, 1963, III, 234-35. Por el contrario una demoledora crítica de este método en G. FERNÁNDEZ DE LA MORA. *Ortega y el 98*. Madrid, 1961, 39-40. Y en fin una postura más matizada es la de C. MORÓN ARROYO. *El sistema de Ortega y Gasset*. Madrid, 1968, 285-90.

significaron obstáculo para desplegar, como decíamos, sus envidiables dotes literarias².

Fueron justamente los sacerdotes de la institución religiosa que guió en la Sevilla natal sus primeros pasos escolares los que atisbaban muy tempranamente sus altas cualidades para la poesía, la Historia y el Arte. Y es este rasgo, la impregnación eclesiástica del despertar a la cultura de nuestros autores, otro poderoso elemento unificador de universo mental. Aunque, salvo Cansinos, los tres restantes cursasen el Bachillerato en centros laicos o estatales, las primeras letras las aprendieron en establecimientos en los que la presencia de la Iglesia era absorbente. Característica, por otra parte, similar y común a la casi totalidad de las figuras intelectuales de su tiempo, militantes con posterioridad en buen número de casos en las filas de un anticlericalismo más o menos radical, senda no seguida, al menos con firmeza y tenacidad, por ninguno de nuestros autores, alejados sin estridencias en su madurez de la fe infantil.

Un catolicismo aceptado sin angustias ni traumas, una madrugadora inclinación por el mundo de las letras y una familia bien trabada dará a los autores ahora analizados un universo de certezas en los días de su infancia, que dejará, lógicamente honda huella en una trayectoria ulterior, configurada por las zozobras y tragos propios del oficio del pensamiento. Todos -y en este punto radica tal vez su común denominador más peraltado- se instalaron gozosa y plenamente en su infancia y familia, de la que, importará insistir, aceptaron tradiciones, normas y objetivos. En todos, la primera etapa de la vida transcurrió dentro de un ambiente lleno de posibilidades y abierto a cualquier aventura, en un clima de ordinario alegre y positivo, aunque no panglosiano. Las expectativas desatadas por la llegada de la última centuria del segundo milenio con su cohorte de inventos espectaculares abonaron en imaginaciones atraídas casi desde la cuna por lo novedoso -recuérdese el caso de Gómez de la Serna y el más prosaico pero no menos imantado por los asombrosos descubrimientos de

² «Aquella consagración del viejo poeta, que a nosotros entonces nos parecía un genio, confirmó en mí la vocación literaria y me valió, a mis trece años, el entusiasmo de mi madre, la tolerancia de mi tío y el epíteto de *literato* en la familia y entre sus amistades... Sobre todo me apasionaba el estudio de los idiomas, desde que en la clase de Latín descubrí que no era el español la única lengua que habían hablado o hablaban los hombres, y que había libros ante los cuales el hombre más culto podía encontrarse en la triste situación de un analfabeto. Yo quería leerlo todo, adquirir el don de lenguas de los apóstoles, poseer la clave de todos los enigmas, y así completaba en casa, durante los veranos, los parcos conocimientos de latín y francés que nuestros profesores nos habían dispensado, traduciendo a los clásicos de ambos idiomas». *La novela de un literato. (Hombres-Ideas. Efemérides- Anécdotas...)*. (1882-1914) Madrid, 1982. 16-17.

fin de siglo de Fernández Almagro- el terreno más favorable al ensueño y la fantasía.

El fin del canovismo marcó este horizonte. Si la calma chicha de la primera Restauración presidió los años iniciales de su existencia, ésta pronto se vería remecida por los remolinos del Desastre. Es a tal respecto muy ilustrativo comprobar cómo en sus espíritus tremantes la tragedia del 98 se colaría de rondón a través de imágenes impresionadas por retinas muy sensibles y de conversaciones familiares oídas con acezante curiosidad por unos niños en los que los asuntos públicos despertaban, sin duda con asentimiento de sus educadores, una vivaz atención. Más tarde, al redactar sus memorias y autobiografías, dedicaron amplio espacio a reconstruir algunos lances presenciados en las calles de Granada o Madrid en la onda abierta en la conciencia nacional por la pérdida de los últimos territorios ultramarinos. Corpus Barga, el más moroso de todos ellos, describirá con una riqueza de detalles que convierte a sus páginas en verdadera fuente para aquel capítulo de nuestra historia, a personas y ambientes estremecidas por un patriotismo de la mejor ley. Y, aunque no alude a ello en sus apasionantes recuerdos, es harto probable que su inclinación por el estudio de la España contemporánea y, de manera particular, por el orto y ocaso de su Marina moderna, se despertase en Fernández Almagro al calor o bajo el influjo de los acontecimientos del 98³. Incluso en el espíritu más estrictamente literario y artístico de todos ellos, en el del creador de las greguerías, entre bromas y veras, su

³ «Pero he aquí otra palabra que oía sonar y resonar en la tertulia de casa como un viento que todo lo sacudiera y de la que se apoderaron los niños más adelantados para llamarse de otra manera, en sus juegos de policía y ladrones, de cristianos y de moros, de cartagineses y romanos. Ahora jugaban a españoles e insurrectos o yanquis. Porque la palabra sobrevenida, para mí, fulminantemente, era ésta: «Cuba». Seguramente que se hablaría también de Filipinas; pero yo no oía otra cosa que Cuba.

-¿Cuándo se llevan a Salvador para Cuba..?

-¿Le tocará a Pepe ir a Cuba...?

-¿Estará ya Emilio en Santiago de Cuba...?

Salvador, soldado de infantería, era criado de mi abuelo, y su marcha a Cuba con batallón del Regimiento de Córdoba se pierde en lejanas brumas, de las que sólo emergen, con referencia a ese momento o a otros posteriores el bullicio de las calles y las notas de color-rojo y amarillo, de seguro- en colgaduras y banderas, en botoncitos, lazos, cintas, escarapelas, moñas, en el pecho o en la cabeza de las mujeres y en las solapas de los hombres... Por el concierto que la banda del Regimiento de Córdoba dedicó a mi tío Pepe Corral, ascendido a coronel, y por el comentario de toda mi familia a la harenga de mi primo Melchor, ya adolescente, a una de las manifestaciones patrióticas de aquellos días, desde un balcón de *El Defensor de Granada*, me es dado revivir la emoción de las Guerras de Ultramar, en tenues resonancias de lejanos compases de marcha militar; la de Cádiz, seguramente. Y para adquirir, a su vaga e indirecta manera, la emoción del desastre final, coincidió la noticia de que tío Emilio había salvado la vida en un combate, con el nacimiento de mi hermana Asunción». *Viaje al siglo XX*. Madrid, 1962, 52-53. Vid J. M. CUENCA TORIBIO, «Notas para el análisis de la cultura intelectual andaluza del siglo XX (Primera parte)» en *Córdoba, apuntes para su historia*. Córdoba, 1981.

evocación de dicha etapa contiene casi todos los elementos del manual del buen regeneracionista.

Al margen de impresiones particulares, sus años bachilleriles transcurrieron en el ambiente conformado por el citado episodio. Con mayor o menos intensidad, comprendieron que una España crecientemente problematizada enmarcaría ya toda su existencia. En unos desde el plano de la cultura y en otros desde el de la política, este planteamiento cobró muy pronto fuerza. Pertenecientes a la élite del poder de la Restauración, las familias de Corpus Barga y Ramón Gómez de la Serna, emparentadas por más de un vínculo, vivieron en toda su crudeza el desgarró provocado por la crisis del 98 en los cuadros dirigentes del país, asumiendo plenamente tal experiencia dichos autores. Así, a pesar de su ánimo aparentemente desenfadado y del estilo *sub specie aeternitatis* de la *Automoribundia*, Ramón no podrá ocultar la desesperanza española y la frustración íntima provocada en su ánimo por el doloroso final del *cursus honorum* de su padre, en el instante mismo en que acariciaba la idea de regentar una cartera ministerial en el segundo gobierno canalejista. A su vez, introducido muy pronto en las redacciones de los periódicos radicales del fin de siglo madrileño, Cansinos, de clara vocación y entrega a las lenguas y a la literatura, sentirá por un momento el torcedor de su decidido proyecto literario al contemplar un país que parece haber perdido el rumbo de la modernidad e incluso de su propia identidad⁴.

La política, factor con frecuencia escisionista en todos los grupos humanos, no fue percibida así en la niñez y primera juventud de los autores comentados. Los tres que centran casi específicamente nuestro interés -ya que abstracción hecha de su «atipicidad», Cansinos no dedicará a los años de formación apenas si una veintena de páginas

⁴ «Por lo demás, en aquellos días vesperales de la pérdida de las colonias, lo que absorbía la atención pública y llenaba las planas de los periódicos no era la literatura, sino la política. Eran días de intensa agitación, de violentos discursos en el Parlamento, de exaltados artículos patrióticos en la prensa y manifestaciones callejeras... Como todos los jóvenes de aquella época yo también participaba de aquella fiebre general, formaba en las manifestaciones, gritando: «¡Viva España con honra!», e iba a la estación del Mediodía -aquella por donde había entrado en Madrid- a despedir a los soldados que marchaban a la guerra, ebrios de entusiasmo y de vino, sudorosos, apretujados en los coches rebosantes, por cuyas ventanas asomaban botellas y guitarras, y pañuelos, en tanto el tren se movía lentamente a los acordes de la Marcha de Cádiz, coreada por el público. Eran los días del chinchín, tan motejado y ridiculizado después del Desastre [...] Vino luego el Desastre colonial y la reacción consiguiente en la opinión pública y en el tono de los escritores [...] Empezaron a sonar nombres desconocidos, que ya no eran los de Galdós, Pereda, Valera o Coloma, sino los de Martínez Ruiz, Baroja, Salvador Rueda, Valle Inclán, Rubén Darío, no todos al mismo tiempo pero unidos en una sucesión estrecha, como salvados de una misma descarga contra todo lo viejo, contra todo lo anterior al Desastre, que la protesta juvenil confundía en el mismo analema, sin hacer distinción entre lo político y lo literario». *La novela de...*, 19-20.

de sus fluviales memorias-, la vida pública se le apareció desde un primer instante plural y contrastada. Corpus Bargas, Ramón y Fernández Almagro pertenecieron a familias en las que los padres fueron elementos significados del Partido Liberal en sus facciones más vanguardistas, y es natural, por ende, que absorbieran el espíritu tolerante que impregnaba sus hogares, en los que las mujeres propendían a posiciones más conservadoras. A esta actitud coadyuvó de una manera señalada la instrucción recibida en escuelas, colegios e institutos, con un neto predominio de las posturas mesuradas, incluso, en los de tutela eclesiástica. Es curioso destacar en este plano que las opciones ultramontañas e integristas, tan en boga en la época en los medios sociales a que pertenecían nuestros autores, apenas si se vislumbran en las páginas de su literatura memoriográfica, tan puntual en los casos de Barga y Fernández Almagro.

Por el contrario, republicanos y radicales, comparecen con asiduidad en ella, como trasunto fiel de la transigencia y pluralismo de sus entornos familiares. A tal respecto, se constata en su descripción las inclinaciones republicanas y las preocupaciones sociales de la profesión galénica, tan difundidas por la gran novela del momento. En este punto son en extremo curiosas las relaciones mantenidas entre los progenitores de Fernández Almagro y el rector granadino D. Eduardo García Duarte y su hijo Rafael, médico como él, así como con los padres de Francisco Ayala, cuya madre, cultivada y sensible, era hija del primero⁵.

La crisis monárquica arreciada con el 98 no mermó la fe en la institución real de la familia de nuestros autores, que no dejaron de sentir cierto atractivo por el joven Alfonso XIII, adalid por aquellas fechas de una España nueva...⁶. Pese a lo cual, como gentes de otra generación en contacto con elementos claramente de afectos al régimen, el monarquismo de nuestros autores se nos aparece en la época acotada en estas páginas asaz tibio, como premonición en algunos de ellos de un republicanismo ardoroso, bajo cuyas banderas se alistaría muy precozmente Cansinos⁷.

⁵ «La suma atracción de nuestra nueva casa estaba constituida para mí por una señora joven, verdaderamente encantadora, Luz Duarte, hija y hermana de los médicos de casa [...] Era una mujer singular por su inteligencia y cultivada sensibilidad [...] Leía cuanto le era posible y me prestaba los libros que por algún motivo pudieran interesarle». M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Viaje al siglo...*, 207. Otro retrato de esta dama es el de su hijo F. AYALA, *Recuerdos y olvidos*. Madrid, 1982, 30.

⁶ «Y es que [...] difícilmente podrá ser comprendido Alfonso XIII si no se le enmarca en la promoción generacional del 98». C. SECO SERRANO, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*. Madrid, 1979, 62.

⁷ «Me encantó ver al rey, tan sencillo, simpático y risueño como ya lo había visto en Madrid, solo que ya nada niño: desde mis diez años, Alfonso XIII, con sus diez y ocho, me pareció un hombre hecho y

El perfil familiar dibujado por nuestros memoriógrafos será el de una estructura extensa, en la que la consanguinidad y la *gens* alcanzarán un alto e indiscutible valor, y en la que los parientes de lazos más débiles formarán, por consiguiente, un sólo conjunto con los familiares de más directa y estrecha vinculación, sobre todo, cara al exterior. Las familias más menesterosas de los núcleos integrados por los hogares políticamente influyentes de la mayor parte de nuestros autores irán en éste un escudo protector ante las adversidades, constituyéndose así una red clientelar nada despreciable a la hora de abrillantar los prestigios sociales del núcleo central y de reforzar su ascendiente y peso público.

No obstante la disparidad de ciertas opiniones y gustos en la célula básica familiar, ésta se mostrará muy compacta, moviéndose en ella con suma complacencia nuestros autores, que narrarán, con seducción por los matices, las mil y una peripecias de estas estructuras familiares -genealogía, heráldica, historia... La «sangre» era así un elemento muy cotizado en su entorno y reverdecido sin cesar con aniversarios, cumpleaños y festividades varias, celebradas por lo común de forma masiva. Su evocación pondrá una nota manriqueña en unos recuerdos en los que la melancolía dista de ser la nota destacada.

El repaso de linajes y estirpes llevado a cabo en la reconstrucción de dichas peripecias deja al descubierto -y por enésima vez Cansinos no cuenta en esta acotación- que la niñez y pubertad de nuestros autores han transcurrido, en general, en el ámbito de una sociedad heril, perpetuada en España por su tardigrada introducción en la contemporaneidad. La jerarquía vertebraría mansiones y menesteres, dando estabilidad a creencias y actitudes. La contestación o la protesta se dejarán oír muy aisladamente en la rememoración de estas vidas españolas, con la excepción nuevamente de Cansinos, aunque también en su caso asordinada y sin verdadero relieve. De la vigencia de la sociedad heril no podemos encontrar testimonio más expresivo que el protagonismo -en ocasiones, casi hegemónico- que ofrece en estadios muy dilatadas de las memorias y autobiografías que nos ocupan, el estrato de los servidores domésticos, de los cria-

derecho. Tenía fama de llevarse a la gente de calle y esta frase se haría literalmente efectiva, porque la muchedumbre, sin respeto alguno al orden del desfile, se sentía atraída por la franca sonrisa y la mirada alegre de Alfonso XIII, y rodeaba y seguía su coche a lo largo del itinerario [...] Confieso que si el rey encendió mi fe monárquica, presunta o de clavo pasado». M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Viaje al...*, 187-8. Tal sentimiento se trocaría llegada la madurez en otro mucho más severo hacia el mismo monarca según lo patentiza su *Historia del reinado de Alfonso XIII*, aparecida en 1934, muy alejada tanta de aquellos ardores infantiles como de los de su recobrado monarquismo de la senectud.

dos y criadas que pueblan herborosamente viñetas y retazos de los recuerdos infantiles de nuestros autores, con mención muy específica de los de Corpus Barga.

Su detallista pluma no escatimará recurso alguno para dibujar con precisión intimista el papel decisivo que tenían en su medio familiar los criados, en su doble versión urbana y rural. Verdaderos *deus ex machina* en los momentos de mayor tensión entre padres e hijos, su papel y función están observados por un demócrata *a natura* desde un ángulo muy encomiástico⁸. Casi todos los miembros de dicho estamento estaban por completo integrados en la familia, preocupándose de su fortuna y solidez, y mostrándose en toda ocasión solícitos, en particular, con la grey infantil, de la que se convertían en muchas ocasiones en sus auténticos educadores. Criados y criadas instruían de los niños en las llamadas, por los institucionistas, «lecciones de cosas», y les enfrentaban con las realidades cotidianas, poniendo, a las veces, un celaje ante sus aspectos más desagradables. Este mundo tenía sus propios valores, muy aplaudidos por Corpus Barga o Melchor Fernández Almagro, de manera semejante, como es sabido, a otras muchas plumas burguesas del mismo período, como por ejemplo, la de D. Ramón Carande⁹. Hasta los famosos bandoleros de Sierra Morena formaban parte de este curioso universo. Y, así, la familia de Corpus Barga llegó a tener uno a su servicio particular, especialmente consagrado a conducir, sin peligro alguno entre los vericuetos de aquella fragosa geografía, a los jóvenes que, llegada la estación de los estudios, abandonaban sus vacaciones estivales pasadas en la Sierra cordobesa, en la tierra de los Pedroches, para trasladarse a la Villa y Corte¹⁰. Los extremos se atraen, a las veces. Símbolo máximo de la seguridad burguesa del mantenimiento de un

⁸ Entre los muchos pasajes que pueden antologizarse elegimos éste por creerlo muy representativo: «Allí me enseñó el boquete que habían tenido que abrir los bomberos en la pared que daba a la alcoba de éstas [sus hermanas]: «ha dicho tu padre que te asomes al boquete y mires lo que has hecho», me hizo saber el bueno de Amancio en un tono desacostumbrado y por ello dejé de notar su acento gallego; miré, en efecto, y vi un revoltijo de ropa quemada y mojada y un montón de trozos de madera ennegrecida [...] Amancio cortó esta contemplación para servir informándome: «Ahora tengo que encerrarte en un cuarto oscuro, lo ha mandado tu padre, te encerrará en el cuarto en que no hay ratones y no me iré lejos, estará con cuidado, si tienes miedo me llamas». A lo largo de mi vida he estado, como tantos españoles y millones de europeos, varias veces en la cárcel y siempre que me han encerrado en el calabozo, el gesto antipático de oír (es un gesto que se oye) echar la llave del cerrojo al carcelero ha tenido en mí resonancias tiernas, me ha parecido siempre que era Amancio quien me encerraba pero se quedaba detrás de la puerta». *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)*. 1. *Mi familia. El mundo de mi infancia*. Madrid, 1980, 224.

⁹ *Recuerdos de mi infancia*. Madrid, 1987, en particular 31-2.

¹⁰ Vid J. M. CUENCA TORIBIO, *Visión de Andalucía*. Granada, 1983.

orden propicio a los intereses quirritarios, la Guardia Civil acudiría también con cierta frecuencia a los puntos de la pluma de alguno de nuestros memoriógrafos, que intentarían recoger con exactitud la tranquilidad que embargaba a progenitores y deudos cuando, en momentos de agitación o temor, veían relucir los acharolados tricornos.

Pero al despertar a la vida nuestros autores, el *beaux vieu temps* de una clase híbrida, poco concienciada de su vigor y misión y atraída siempre por el estilo y maneras de la aristocracia, era ya una realidad para muchos de sus componentes.

El más genial de todos los autores glosados en las presentes páginas, Ramón, capta con fuerza la escisión anímica que desazonó a esta alta burguesía ilustrada en el cruce de una a otra centuria. Deseosa de ensanchar el paralaje mental de la sociedad alfonsina, se debatió a partir de las mudanzas desencadenadas por el Desastre y el fin de la Regencia, entre esta sincera aspiración y su nostalgia del buen orden burgués, nostalgia que para muchas familias de este estrato se acrecentó ante su irreparable postración económica. «En algunos de aquellos hogares del Madrid de últimos y primeros de siglo había una seguridad en la vida que no he vuelto a encontrar - más que mucho más tarde en algunos hogares de América-, y es que el comedimiento en el pensar y el sentir, en el ser lógico y considerado, en el tener en cuenta a los demás y estar cada uno en su sitio, eran prodigios del asentamiento de la vida. El presupuesto de la relación con los demás y de la relación privada estaba trazado en cuentas exactas, previsoras, echadas con el lápiz de la honradez minuciosa que exigía en el día o en el mes los más imprescindibles sacrificios»¹¹.

¹¹ Madrid, 1974, 138. Su mejor biógrafo, G. GÓMEZ DE LA SERNA, ha recogido insuperablemente el fondo rocoso de un artista puro: «En ese piso tercero de la calle de la Corredera permaneció la familia hasta que el año 1898 el mal viento del Desastre la desplazó a una lejana orilla provincial. Pero de esos diez primeros años, sale el niño Ramón bien cuajado en la solera de aquella honesta burguesía madrileña acomodada sin pretensiones en lo que parecía sólida balaustrada del vivir. De ella perduraría a lo largo de todas las rebelías y por debajo de todas las ejercitaciones fuera de serie de la bohemia de afición y de la genialidad nativa, la finura del alma, el poso fundamental de las creencias básicas y el talante insobornable de su honradez ante la vida». *Ramón. (Obra y vida)*. Madrid, 1963, 27-8. Por otra parte, acaso ningún hecho demuestra con mayor potencia el estado de ánimo al que aludíamos en el texto que el de la propia valoración de las enseñanzas recibidas al dejar atrás la niñez. Las grietas aparecidas en el patrimonio de los García Barga en los umbrales del siglo actual motivaron, por ejemplo, que nuestro autor, a diferencia de su hermano mayor -alumno del prestigioso internado de los Escolapios de Hortaleza-, estudiase la segunda enseñanza en un centro laico. La educación recibida en éste que hoy se nos aparece como muy plausible, fue vista entonces por el gran periodista como inferior a la impartida en los colegios religiosos de alto copete. Cfr. *Los pasos contados... 2. Puerilidades burguesas*. Madrid, 1979, 48-65.

Es conocido como en el horizonte de los orígenes de la contemporaneidad la escuela y los educadores ocuparon un puesto de primacía en la formación del espíritu nacional, convertido, a las veces, en una religión secularizada. España no constituyó excepción dentro de este fenómeno general; sin que, por fortuna, el nacionalismo hispano revistiese la fisonomía reluciente o degradada de los movimientos racistas y de los fundamentalismos mesiánicos. En todos los establecimientos docentes en los que cursaron sus estudios nuestros autores -no fueron escasos- un patriotismo grandilocuente, reactivado por la crisis ultramarina enmarcó de ordinario sus primeros pasos educativos, sin suscitar repulsa especial por parte de ninguno.

Como tampoco lo harían respecto a los sistemas pedagógicos y, sobre todo, en cuanto al contenido de las enseñanzas. Globalmente, unas y otros merecieron una notable calificación por parte de inteligencias ciertamente agudas y perspicaces desde la infancia. Sin ocultar deficiencias ni lagunas, tanto los profesores como las disciplinas arrojaron a la hora del balance un saldo positivo. En la mayor parte de los últimos, la entrega y la competencia -según los diversos grados, claro es- se ofreció a sus alumnos como indiscutible, indicándose en más de un caso la actualización de conocimientos y técnicas, tal y como, por ejemplo, relatara Corpus Barga al rememorar su estancia en el centro privado en que cursara el Bachillerato, y en el que, entre otros destacados docentes se encontraban los sevillanos hermanos Barnés. En punto a las materias y textos su juicio fue también, repetiremos, aprobador; aunque no faltasen, conforme es lógico, reservas y críticas cara a ciertos tratados y manuales así como frente a la cansina u obsoleta pedagogía imperante en algunos cursos y clases. Espíritus alertados, intuyeron la lenta pero profunda e irrefrenable revolución escolar que se operaba en España en el tránsito de uno a otro siglo, como siembra de la que se enterrarían algunas de las mejores cosechas de nuestra vida colectiva en el primer tercio del siglo XX.

Las continuas lecturas y la gran movilidad geográfica de la niñez y puericia de la mayor parte de nuestros escritores les proporcionaron, junto con una atmósfera familiar muy permeable a lo exterior, una imagen notablemente diversificada y plural de su nación. Cimiento de su espíritu y cultura, tal enfoque estaría presente en su adultez en buena parte de sus talentos y trabajos, poco proclives al sectarismo, a pesar de las decididas acciones políticas de algunos de ellos. En ciertos casos, v.gr., en el de Ramón, dicha versión nutriría a su pluma de una gran apertura de registros para acercarse con intención integradora a las figuras más representativas de las letras y política de la España contemporánea. Y no fue otro el propósito que albergó

Fernández Almagro en sus esfuerzos por reconstruir, en la última fase de su existencia, el mundo de la Restauración *sine ira et cum studio*, recuperando parte de la gran tradición liberal española¹².

Uno de los extremos axiales de su formación, de la recibida en el círculo familiar y la asimilada en los centros educativos a que concurría en su niñez y adolescencia, fue una visión nacionalista y acrítica del pasado de su país. En su cosmovisión tal imagen se erigió como un bloque de granito que contribuyó decisivamente a nuclear toda su personalidad. Aunque en la madurez sometieran a una profunda revisión los esquemas de la primera edad, mutándolos por un patriotismo crítico y una versión antitópica de la historia española, sus escritos y actos dejan ver una asunción entusiasta de los valores y aspectos positivos de uno de los grandes pueblos de Europa. El contacto americano en el ejemplo de los escritores madrileños y la atención hacia todo lo concerniente a los antiguos territorios españoles por parte de los andaluces, reforzará en todos ellos la aceptación de la historia patria en sus dimensiones más fecundas.

En el binomio menos atraído por los aspectos y estudios históricos, el compuesto por Ramón Gómez de la Serna y Cansinos Assens, sus referencias al pasado nacional no serán infrecuentes ni descalificadoras, contemplando con simpatía el énfasis con que sus maestros y mayores intentaron inculcarle un conocimiento detenido y orgulloso de sus raíces colectivas. Más crítica en Corpus Barga; más calurosa en Fernández Almagro, esta misma concepción latirá en toda la vasta producción de ambos, mostrándose igualmente agradecidos a las enseñanzas que en la materia asimilasen en la niñez y pubertad.¹³

En buena medida, su fe en los destinos de una nación que había sido en sus mejores épocas poderoso agente de creación y transmisión culturales, les serviría para no abismarse en el pesimismo en los días en que la guerra civil pondría a dura prueba convicciones e ilusiones, señalando un punto y aparte en su vida. Pues, en efecto, la tragedia de 1936 precipitó a la existencia de nuestros cuatro autores por derroteros imprevisibles e inimaginables en una niñez y adolescencia cuajadas de frutos, al tiempo que penetradas de confianza en el quehacer de su generación y en la andadura social y, sobre todo, cultural, de un país por entonces muy creativo y dinámico. Pocas generaciones españolas, con la relevante excepción de la de los afran-

¹² J. M. CUENCA TORIBIO, *Semblanzas andaluzas. Galería de retratos*. Madrid, 1984, 55-8.

¹³ Cfr. en particular, 50-1, 58-9 y 150-51.

cesados, sufrieron ciertamente una escisión y ruptura más totales que aquella a la que pertenecieron los intelectuales que nos ocupan. El exilio americano en el caso de los madrileños -adelantado y enmascarado, pero tan terrible como todas las expatriaciones en el caso de Ramón- y el exilio interior -mucho más doloroso y duro en Cansinos Assens que en el acomodaticio Fernández Almagro- encontró un lenitivo en la pasión española que les acompañó a todo lo largo del viaje de su vida: un viaje en el que su extensa cultura y solidaridad con los hombres de todos los tiempos y países les otorgaría el pasaporte de ciudadanos universales.